

Conocí a Ramón González en los tempranos años de la Real Fundación de Toledo. Ramón era entonces el Canónigo Archivero de la Catedral y su amable acogida facilitó inmensamente los primeros pasos de la investigación que estoy haciendo sobre la historia del Cigarral de Menores. Partía yo de unas notas que don Narciso Esténaga escribió para mi abuelo en el comienzo del terrible año de 1936, siendo Obispo de Ciudad Real y estando en vísperas de su trágico martirio. Versaban sobre don Jerónimo de Miranda y Vibero, el canónigo que fundó el Cigarral y afirmaban que “su expediente de limpieza de sangre no ofrece nada de particular”, recogéndolo así mi abuelo en su *Elogio y Nostalgia de Toledo*. El resto de las siete páginas de Esténaga contenía información de gran interés, aunque lo escrito era parcialmente erróneo. En efecto, aunque es cierto que la limpieza de sangre de don Jerónimo fue probada sin mayor dificultad, gracias a Ramón descubrí la insólita parentela colateral de don Jerónimo, puesta de manifiesto en el expediente, pues tenía hasta siete tíos y primos quemados por la Inquisición, cuatro por luteranos y tres por judaizantes. Esto hizo que el Cabildo inicialmente se opusiera al nombramiento hecho por el Papa Clemente VIII, y que llegase incluso a plantearse, tras meses de debates y votaciones, la posibilidad de que Felipe II arbitrara entre la Catedral y Roma.

Ramón, como Ángel Fernández Collado que le ha sucedido al frente del Archivo catedralicio, ha ejercido su labor de manera ejemplar. Lo ha custodiado, ordenado e investigado, huyendo de la tentación, tan frecuente en quienes ostentan este cargo, de considerar como propio un Fondo que no les pertenece, en vez de ponerlo al servicio de todos los investigadores. Ramón no sólo nunca ocultó nada a quienes se interesaron por los contenidos del Archivo, sino que iluminó los mejores caminos para que pudieran culminar con éxito sus respectivas búsquedas.

Algún tiempo después leí una de sus obras fundamentales y me deslumbró por los extraordinarios conocimientos históricos que contenía y por la claridad de su magnífica prosa. Este libro me llevó a otros trabajos suyos, que componen una obra historiográfica tan importante como admirable. John Elliot, maestro de historiadores, suele decir que en su oficio

la excelencia sólo la alcanzan quienes son capaces de investigar adecuadamente, adentrándose en los procelosos laberintos donde a veces se encuentran los documentos y luego saben escribir sus trabajos con un estilo literario tan bueno como claro. Es el caso de Ramón.

Por todo ello, la Real Fundación de Toledo le concedió en 1998 uno de sus prestigiosos Premios anuales, que recogió de la mano del Infante don Carlos. Me alegra mucho haber participado en el jurado que así lo decidió, valorando, y cito textualmente, "sus trabajos de investigación y catalogación de los fondos manuscritos medievales de la Biblioteca Capitular de la Catedral de Toledo, plasmados en la serie Monumenta Ecclesiae Toletanae Historica, y en su reciente publicación Hombres y libros de Toledo. Su aportación en este campo es de una importancia capital, enriqueciendo el inmenso valor de la Biblioteca Capitular, al desentrañar el proceso de formación del Antiguo Fondo Toledano, en el que la existencia de libros de la más variada procedencia es reflejo de la intensa vida cultural de Toledo durante los siglos medievales".

Pero en la Real Fundación hicimos algo más que reconocer la importancia de su quehacer investigador y fue pedirle que se incorporara a nuestra institución como miembro destacado de la Junta de Protectores, con el fin de poder contar así con su profunda sabiduría y su ejemplar manera de ser.

Porque, en efecto, Ramón es un humanista, en su sentido orteguiano, que ha adquirido a lo largo de su personal "viaje a Ítaca" riquísimos conocimientos, que ofrece siempre con desprendimiento, y es, además, un hombre que ejemplifica la figura del justo. Nunca podré olvidar una ocasión en la que Ramón relatava las trabas que en el ejercicio de su responsabilidad le imponía arbitrariamente quien tenía autoridad formal sobre él. Ramón ocultaba la huella que le dejaba en lo personal aquella experiencia de despotismo no ilustrado y poco caritativo, pero traslucía, con una emoción contenida que resultaba conmovedora, lo mucho que afectaba a su quehacer al frente del Archivo.

En el *Libro de los Proverbios*, cuando se contrastan las figuras del justo y el malvado, se nos recuerda que la bendita memoria del justo es la que permanece y también que es la boca del justo la que produce sabiduría. Afortunadamente, aún son muchos los frutos de la sabiduría de Ramón que nos aguardan, enriquecidos por el compromiso que ejerce con su fe y su vocación religiosa, con su ciudad y la causa de la cultura, y con la Catedral y la Academia. Porque Ramón Gonzálvez es, además de sabio y justo, un intelectual comprometido.